

(Viene de la página 1.)

—la temporalidad— aparece en «Espacio» como algo que se *inventa* en el instante, que alcanza en cada instante su total dimensión, y cuyo origen es, pues, el propio yo del poeta.

La última sección del tercer fragmento, que es la que aquí me interesa, se abre así: *Plegadas alas en alerta unido de un ejército cárdeno y cascáreo, a un lado y otro del camino llano que daba sus pardores al fiel mar, los cánceres osaban cracuando erguidos (como en un agrio rezo de estabones) al sol de la radiante soledad de un dios ausente.* Y esta visión de conjunto, de masa, de un modo de coro de cangrejos, propicia una teatralidad, un soporte dramático, para la aparición del cangrejo-héroe, el cual —como veremos— va a actuar en calidad de correlato del propio yo del poeta. Merleau-Ponty habla del cuerpo como el sistema de «funciones» anónimas que envuelven toda fijación particular en un proyecto general. Es en esta fijación particular, en esta individualizada soledad del cangrejo único, aunque sabiéndolo solitario de aquel ejército cárdeno y cascáreo, en la que el poeta quiere presentarnos a su héroe. Y ello adviene como una manera de identificarse a sí mismo, de singularizarse dentro de la masa humana en la que se sabe subsumido y donde le ha tocado vivir.

Como en el inicio de una pieza teatral, instalados ante el espectáculo del mundo, después de haber incorporado el poeta esa masa genérica a la que fatalmente pertenece su héroe individual, éste va apareciendo lentamente hasta centralizar la escena: *Y silencio: un fin, silencio. Un fin, un dios que se acercaba. Un cáncer, ya cangrejo y sólo, quedó en el cenro gris del arenal, más erguido que todos...*

Es el principio de la gran escena, pero al mismo tiempo es el final de algo. Fin de la ruidosa multitud, y comienzo de una batalla. El narrador poético se acerca a ese cangrejo, en cuyo entorno sólo hay el silencio. Este cangrejo ha sido tratado antes como un cáncer, un dios; y empieza entonces, bajo ese silencio digno de los orígenes de una cosmogonía, la lucha entre el poeta y el animal: *Baíe lento hacia él, y sacado del bolsillo, le incité a que luchara.* Y termina esta batalla en el momento cuando el poeta aplasta el cangrejo sólo, y aclara, por ver qué era. Y el descubrimiento es que el cangrejo consistía en un hueco en otro hueco:

Un hueco era el héroe sobre el suelo y bajo el cielo; un hueco; un hueco, un hueco aplastado por mí, que el aire no llenaba, por mí, por mí: sólo un hueco, un vacío, un heroico secreto de un frío cáncer hueco, un cangrejo hueco, un pobre david hueco. Y un silencio mayor que aquel silencio llenó el mundo de pronto de veneno, un veneno de hueco: un prin-

LA OQUEIDAD CREADORA: JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y JOSÉ LEZAMA LIMA

por
Dionisio Cañas

... cípio, no un fin. Parecía que el hueco revelado por mí y puesto en evidencia para todos, se hubiera hecho silencio, o el silencio, hueco; que se hubiera poblado aquel silencio numerable de innumero silencio hueco.

Habla ahora el poeta de un principio, no un fin; y esto porque esta constatación de una oqueidad absoluta en el objeto viene a ser el punto de partida de una reflexión mucho más profunda. Y como desdoblándose gracias a una metamorfosis, aparece el propio sujeto convertido en el objeto de su misma observación. Así se describe ese proceso de transformación como un acto radical:

Alguien mayor que yo y el nuevo yo venía, y yo llegaba al sol con mi oqueidad inmensa, al mismo tiempo; y el sol me derretía lo hueco, y mi infinita sombra me entraba en el mar y en él me naufragaba en una lucha inmensa, porque el mar me tenía que llenar todo mi hueco. Revolución de un todo, un infinito, un caos instantáneo de carne y cáscara, de arena y ola y nube y frío y sol, todo hecho total y único, todo abel y cain, david y goliat, cáncer y yo, cangrejo y yo.

Y aquello que fue antes un fin, y luego un principio, se hace ahora un todo, un infinito. Es justamente en el ritmo circular, como este final viene a instaurar en el poema algo que nos descubre una interpretación sorprendentemente nueva en «Espacio», que conduce a la esfera de lo absoluto, de lo total, siempre presente en el pensamiento de Juan Ramón Jiménez, y arroja así una luz inédita sobre el poema. Porque una observación tan nimia (recuérdese aquella filosofía de lo fútil, en Husserl), como la del hueco de un cangrejo aplastado, surge el total esclarecimiento de un mundo poético y de la conciencia.

Y aquí se impone el recuerdo del poema con que José Lezama Lima cerraba *Fragmentos a su ímán*, su libro póstumo, y que casi a modo de epítafio poético aquél tituló «El pabellón del vacío» (4). Este texto se

(4) Respecto a la relación de Juan Ramón Jiménez con José Lezama Lima y Cuba en general, recientemente se publicó un esclarecedor artículo de Aurora de Albornoz: «Juan Ramón Jiménez, Cuba, Lezama Lima y otros poetas cubanos», en *INSULA*, núm. 416-417, 1981. También en la misma isla acaba de aparecer

configura en torno a ese *tokonoma* que el propio poeta crea en cualquier lugar, y del cual escribía Lezama: *Necesito un pequeño vacío, / allí me voy reduciendo / para reaparecer de nuevo, / palpable y poner la frente en su lugar. / Un pequeño vacío en la pared.* Pues bien, el *tokonoma* de Juan Ramón Jiménez es el hueco de su cangrejo pisoteado: en él se desdobra, no solamente para reaparecer, sino que ese reaparecer es una reflexión sobre su desaparecer inminente. Así lo constata:

Y en el espacio de aquel hueco inmenso y mudo, dios y yo éramos dios. Conciencia... Conciencia, yo, el tercero, el caído, te digo a ti ¿me oyes, conciencia?!

Este tercer yo es ya el poeta situado en las instancias de una reflexión textual desde las cuales se formula y se cuestiona a sí mismo como oqueidad y como dios. Es entonces cuando se inicia el diálogo entre la conciencia y la oqueidad abandonada:

No olvides que, por encima de lo otro y de los otros, hemos cumplido como buenos nuestro mutuo amor. Difícilmente un cuerpo habría amado así a su alma, como mi cuerpo a ti, conciencia de mi alma... El quisiera besarte con un beso que fuera todo él, quisiera deshacer su fuerza con este beso, para que el beso quedara siempre como algo, como un abrazo, por ejemplo, de un cuerpo y su conciencia en el hondón más hondo de lo hondo eterno.

Y es al final una desesperada aspiración a quedar como algo, en el hondón más hondo de lo hondo eterno. Pero el poema se hace circular y se cierra con aquellas palabras que lo abrieron: explicitando una vez más quién ha sido el verdadero protagonista del texto, esto es, el poeta hablando a su propia conciencia:

Ya te lo dije al comenzar: los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo. ¿Y te has de ir de mí

un libro sobre el tema de Ciriaco Viteri: *Juan Ramón Jiménez en Cuba*, Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1981.

tú, a integrarte en un dios, en otro dios que este que somos mientras tú estás en mí, como de dios?

Juan Ramón Jiménez cree en el *Destino*, que es otro de los elementos fundamentales de este texto. Y cuando después de haber en varias ocasiones estado a las puertas de que en él se cumpliera un falso destino violento, de muerte, del cual escapó indemne, escribe entonces «Espacio», documento poético así de esa amenaza de la muerte. De este haberse enfrentado, en tanto que existente, a un falso *Destino* de sacabambiento violento y prematuro, surgen las reflexiones sobre la esencia del ser que dan la dimensión más alta de «Espacio».

Esa circunstanciación biográfica hace que el poema, junto a su dimensión ontológica última, se cargue además de una densa sensación de temporalidad y concreción. Juan Ramón se enfrenta a su tiempo y a su espacio, ya desde la inmensidad de las marismas de la Florida, ya desde su río Hudson de Nueva York, para lanzar su mirada más allá y más atrás. Hace aparecer entonces aquellos otros lugares y planos de la temporalidad que, sedimentados en lo desaparecido, en lo abandonado, en lo invisible, se actualizan a través de un estar en lo visible desde donde el poeta escribe y cuyo ejercicio parece ser esa serena reflexión que ha provocado una situación límite. Este ejercicio de salirse de sí para volver a sí mismo, es naturalmente una indagación en el propio ser, el cual se instala en un porvenir mítico-imaginario, que es el del poema, por ello impercedero o inmortal.

Su biografía, su vida, y la condicionada evolución del espíritu llevaron a Juan Ramón desde aquel impulso o ensueño de la unidad total y honda, dominante en el fragmento primero de «Espacio» (y al que no he podido atender en estas páginas) a la asunción inmediata del humilde y hueco cangrejo, como vaciado de su auténtico o verdadero destino (o del verdadero destino de su conciencia). Y cuando el poeta entra en ese hueco, se hace allí oqueidad también. Pero se trata de una oqueidad creadora: pues aquí, el poeta, crea en ella, y al mismo tiempo se re-crea, reaparece como un ser otro: el de la conciencia que el poema escrito contiene ya para siempre, y cuya permanencia viva él buscaba y conocía de antemano como acabamos de ver. Y esa misma creación del otro en el vacío, que es el ser salvado ya de las contingencias del yo, es lo que también presiente Lezama Lima, al cerrar su poema con estos versos: *Araño en la pared con la uña, / la cual va cavando / como si fuese un pedazo de la concha / de la tortuga celeste. / ¿La aridez en el vacío / es el primer y último camino? / Me duermo, en el «tokonoma» / evaporo el otro que sigue caminando.*

Fue una larga marcha la de Juan Ramón. Por esta razón, en su «Prólogo» a un fragmento de «Espacio» escribió: *Lo que esta escritura sea ha venido libre a mi conciencia poética y a mi expresión relativa, a su debido tiempo, formada de la misma esencia de mi pregunta o, más bien, del ansia mía de buena parte de mi vida, por esta creación singular. Sin duda era en mis tiempos finales cuando debía llegar a mi esta respuesta, este eco del ámbito del nombre.*

Resultan aquí oportunas unas palabras de Maurice Merleau-Ponty. Aunque destinadas originalmente a definir la filosofía, me permito escribir la palabra *poesía* allí donde aquél dijese *filosofía*. Hermanas gemelas, la *poesía* y la *filosofía*, como sugiere Miguel de Unamuno, esas palabras del pensador francés se hacen muy prudentes ante el destino heroico de la conciencia que Juan Ramón Jiménez ha trazado en el final de su poema «Espacio». Dicen así:

Trátase de cosas o de situaciones históricas, la poesía no tiene más función que enseñarnos de nuevo a ver las bien; y es verdad decir que se realiza destruyéndose como poesía separada. Pero es así donde hay que callarse, pues únicamente el héroe vive hasta el fin su relación con los hombres y con el mundo, y no conviene que otro hable en su nombre.

No puede sino calificarse de impresionante la coincidencia de que dos extraordinarios poetas, Juan Ramón Jiménez y José Lezama Lima, prácticamente clausurasen sus vidas y sus obras con estas intuiciones tan acendradas. Pues los dos —aquél en la humildad de un cangrejo hueco, y éste en el vacío que la uña araña en la pared— ven en similares sugerencias de la oqueidad, el primer y último camino (Lezama) hacia la creación del otro por el que la fuerza del espíritu, batido en las aguas de la escritura, trasciende y salva al hombre.



Año XXXVII Núm. 426
Mayo 1982

INSULA, Librería, Ediciones
y Publicaciones, S. A.
Redacción y Administración:
Benito Gutiérrez, 26. Tel. (91) 243 54 15
MADRID (8)

INSULA Nº 426

REVISTA BIBLIOGRAFICA DE CIENCIAS Y LETRAS
DIRECTOR: ENRIQUE CANO SUBDIRECTOR: JOSE LUIS CANO SECRETARIO: ANTONIO NÚÑEZ

Precios para España:
Año (12 números) 1.500 pesetas
Semestre 810 pesetas
Número corriente 130 pesetas
Año atrasado (12 núms.) 2.000 pesetas
Número atrasado 700 pesetas

Precios para el extranjero:
Año (12 números) 2.000 pesetas
Número corriente 200 pesetas
Año atrasado (12 núms.) 2.500 pesetas
Número atrasado 750 pesetas

Aparece el 15 de cada mes
Depósito legal: M. 210-1958
ISSN 0020-4136

LA OQUEDAD CREADORA: JUAN RAMON JIMENEZ Y JOSE LEZAMA LIMA por DIONISIO CANAS

ESPACIO es un momento culminante en la poesía de Juan Ramón Jiménez y de la poesía hispánica en general, como lo fueron «Altazor» de Vicente Huidobro y «Muerte sin fin» de José Gorostiza. Es en «Espacio» donde la poesía de aquél aparece alcanzarse a sí misma, tomar conciencia de sí, sin dejar de ser canto. Canto y conciencia del canto, acordados en un mismo texto: el rasgo quizás más sobresaliente de toda la poesía moderna. Esto sin duda llevó a Octavio Paz a afirmar que «Espacio» es lo que está más allá de la poesía de Jiménez: es la transformación del poeta español en un poeta de vanguardia: el «Altazor» de Huidobro y su negación. Uno de los textos capitales de la poesía moderna (1).

«Espacio» es una autobiografía lírica de Juan Ramón Jiménez, como bien ha demostrado María Teresa Font (2). Pero «Espacio» expresa también una doble toma de conciencia: la del poeta viéndose a sí mismo en el acto de la escritura y la de una reflexión más profunda y solitaria, la que efectúa sobre su propio ser. En este sentido, la sección que cierra el fragmento tercero es de máxima importancia, y en ella se concentrarán específicamente estas notas.

En sus bosquejos de estructuración del poema, Juan Ramón apuntó: ¿Por qué no ser yo sólo conciencia, todo conciencia, entrega de lo inútil, de lo superfluo, de lo fenomenal? (3). Y recuérdese aquí este juicio de Edmund Husserl respecto a su propia filosofía: Para una fenomenología de la «verdadera realidad» es completamente indispensable la fenomenología de la «útil apariencia». Pues bien: es deteniendo su atención en algo fútil, un cangrejo, como Juan Ramón Jiménez alcanzará el momento de mayor profundidad en «Espacio». Llega así a través de lo deleznable, a lo sublime. O sea, a lo que de alguna manera moduló toda su obra: la búsqueda, por la poesía, de una certeza sobre sí y sobre el mundo.

La constatación de un ser del mundo, como lo declara Maurice Merleau-Ponty, y la de la experiencia viva como único medio de conocimiento, parecen ser las normas del discurso juanramoniano en su poema

«Espacio». Grado cero de la espacialidad, en este texto, el yo del poeta se establece desde el principio del poema como centro del mundo. Se instala como mito porque es su única forma de abrirse al mito del mundo, del cual él vendrá a ser su cantor; de ahí la aseveración inicial del fragmento primero: los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo. Usurpa así su lugar a los dioses, relegándolos en el tiempo como lo insinúa el alcance pretérito del tuvieron; y esto implicará una tachadura sobre los dioses del pasado y una puesta de su yo sobre el pedestal que a aquéllos correspondía. Lo hace así centro, eje y, como se dijo, grado cero de la espacialidad; pero también de la temporalidad. Y esta última

(Continúa en la página 10.)



José Lezama Lima

(1) Octavio Paz: «Una de cal», en *Poesías de Juan Ramón Jiménez*, núm. CXL, noviembre de 1967, página 191. La falta de repercusión que la publicación del poema «Espacio» tuvo en la poesía española de los años cincuenta, no impidió que ciertas mentes lucidas reconocieran siempre en este texto, mucho antes que Paz lo hiciera en su ensayo citado, uno de los grandes poemas del siglo, este es el caso de José Hierro y Ricardo Güellón.

(2) María Teresa Font: *Espacio. Autobiografía lírica de Juan Ramón Jiménez*, Insula, Madrid, 1972.

(3) Recogido en Juan Ramón Jiménez, *En el otro mundo*, ed. de Aurora de Albornoz, Iúcar, Madrid, 1974, pag. 127. Las citas que hacemos del poema «Espacio» provienen de esta edición.

SUMARIO

DIONISIO CANAS: La oquedad creadora: Juan Ramón Jiménez y José Lezama Lima.
ANTONIO RAMÓNDEZ SALAS: Valle-Inclán. Una presencia olvidada.
MIGUEL ENCLINANDOS: Sobre los «Memorias de bomba».
MIGUEL SÁNCHEZ ARDÓS: Enríquez Juan Gutiérrez: «La creación lírica» como «acción».
RICARDO GÜELLÓN: Algunos del estereotipo.
ANA ISABEL ALBA-ORRAL LOPERA: Comentarios. Elías Cortés y su mundo en «Las voces de Matagorda», «ediciones después de un siglo».
CARLOS AMÉRICA MULLER: Lorenzo Savini. Carta del Norte que se envía al Sur.
FRANCISCO PÉREZ GUTIÉRREZ: Tiempo y obras de Pedro Antonio de Alarcón.

MIGUEL ALVAREZ: En texto desconocido de Antonio Machado sobre Pérez de Ayala.
NUESTRAS SECCIONES HABITUALES
La tierra en el tiempo.
Poesía por Emilio Nino: Continuidad y depuración en el presente.
Rafael Marañón.
La novela española en España, por DOMINGO PÉREZ MONTE y J. J. Thomas Bernabé.
La obra del mes, por JOSÉ LUIS CANO: Francisco Villa y sus murales.

Arte por ILLAN.
El cuento cada
semana de RAMÓN
VILLAS de lectura
MÁRCO. FIDEL
Ilustración de R.
NUESTRAS HA
A lores de los
grilla curran